

# La señal de Ezequiel

**Versículo Clave:**  
***“Ezequiel les servirá  
de señal y ustedes  
harán lo mismo que  
él hizo. Cuando esto  
suceda, sabrán que  
yo soy el Señor y  
DIOS”***  
— ***Ezequiel 24:24***

**Escritura  
Seleccionadas:**  
***Ezequiel 24:15-27***

**La señal de Ezequiel** es terriblemente profunda. Su esposa, descrita por el Señor como “el deleite de tus ojos” moriría súbitamente - “de golpe”. Junto con los sentimientos de pérdida y angustia, el Señor ordenó que Ezequiel no expresara su duelo públicamente. “No llores ni hagas lamentos, ni dejes tampoco que te corran las lágrimas. Gime en silencio y no hagas duelo por los muertos; Átate el turbante, cálzate los pies; y no te cubras la barba ni comas el pan de duelo”.—Eze. 24:16,17

¿Qué le habrá permitido a Ezequiel soportar un mandamiento tan oneroso? Podemos razonar que su devoción a Dios durante toda su vida, marcada por la obediencia y el servicio, habían desarrollado una profunda fe; fe como la expresada por Job, “Que me mate, en él tengo mi esperanza”.—Job 13:15

Reconocemos que la sabiduría divina estaba operando mientras Dios transformaba la tragedia personal de Ezequiel en la lección nacional de Israel. ¿Cómo estaban relacionados estos dos eventos? Compartían una cosa, identificada como “el deleite de tus ojos”. Para Ezequiel, esa era su esposa. Para Israel, era el Templo de Salomón, el símbolo de su sistema de gobierno nacional.

Los israelitas, aparentemente, se mostraron curiosos por la conducta del profeta. Era raro que no llorara a su esposa, y sabían que las acciones de Ezequiel con frecuencia tenían intención y significado divinos. Preguntaron al respecto. El pueblo le preguntó, “¿No nos vas a explicar qué significado tiene para nosotros lo que estás haciendo?”—Eze. 24:19

Ezequiel les contestó, “El SEÑOR me dirigió la palabra y me ordenó advertirle al pueblo de Israel que así dice el Señor y DIOS: Voy a profanar mi santuario, orgullo de su fortaleza, el Templo que les deleita la vista y en el que depositan su afecto. Los hijos y las hijas que ustedes dejaron morirán a filo de espada, y ustedes harán lo mismo que yo: no se cubrirán la barba ni comerán el pan de duelo. Llevarán el turbante sobre la cabeza y se calzarán los pies. No llorarán ni harán lamentos, sino que se consumirán a causa de sus pecados y gemirán unos con otros”.—versículos 20-23

El Templo sería destruido, el sistema de gobierno nacional disuelto, y el pueblo de Israel capturado o matado. Por ende, Ezequiel fue una “señal”, como se indica en nuestro Versículo Clave. La calamidad sucedió, y ninguna cantidad de duelo la evitaría. Israel fue capturada por Babilonia. La consciencia colectiva del pueblo de Israel se vio afligida por la angustia, y produjo el hermoso poema que encontramos en el Salmo 137. Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos al acordarnos de Sión. En los álamos que allí había colgábamos nuestras arpas. Allí, los que nos tenían cautivos nos pedían que entonáramos canciones, nuestros opresores nos pedían estar alegres; nos decían, “¿Cántennos un cántico de Sión!” ¿Cómo cantar las canciones del SEÑOR en una tierra extraña? Si me olvido de ti, Jerusalén, ¡que mi mano derecha pierda su destreza! Si de ti no me acordara ni te pusiera por encima de mi propia alegría, ¡que la lengua se me pegue al paladar!” (Sl. 137:1-6) La señal de Ezequiel evoca conmoción. ■